

ARCADIO RODRÍGUEZ

# EL ASESINO DEL BLACK METAL



AFRONTA EDITORIAL

## EL ASESINO DEL BLACK METAL

Una filtración a un medio de Internet permite a la prensa poner un rápido sobrenombre a un hombre solitario que secuestra prostitutas en Madrid y las asesina en una pequeña localidad de León donde habitualmente nunca ocurre nada.

Días atrás, *El Asesino del Black Metal*, un escritor con problemas mentales, se ha descubierto a sí mismo con una carta que envió a varios periódicos confesando sus crímenes.

La Policía Nacional llega tarde a la investigación y la Guardia Civil se hace cargo de un caso confuso, donde nada es lo que parece y las prisas enmarcan una trepidante historia a contrarreloj para descubrir el paradero del criminal.

Una novela que pretende, con un lenguaje claro y directo, explicar que, pese a escribir un libro, no es suficiente para que te lo publiquen, necesitando un algo más que un asesino intenta descubrir, uniendo en su macabro viaje a diferentes personajes que ya arrastran sus propios problemas en la vida.

Título Original: *El Asesino del Black Metal*

©2014, Rodríguez Tocino, Arcadio

©2014, Afronta Editorial

Colección: Novela Negra

UUID: a1067adb-9f5b-4102-b4fd-8cc12318db68

Generado con: QualityEbook v0.78

## PRÓLOGO

Por Darshan,  
Guitarra y vocalista del grupo musical Atman y cofundador  
del  
sello discográfico, que solo edita discos de Black Metal,  
Ishtadeva Vinyl Productions (Barcelona).

Setecientos pensamientos,  
Palabras que no componen poesía,  
Acordes que no generan melodía,  
Frustración, frustración, frustración.

La búsqueda de la Inmortalidad y la semejanza a Dios  
A través de gritos de post adolescencia degenerativa  
Desencadenan el fracaso y el rencor hacia el ego,  
Ideas abstractas y debilitadas no son un pensamiento co-  
mún.

La Inmundicia y la genialidad se contradicen,  
Una explosión de semen no es un drama cósmico  
Sólo es carne que genera más carne,  
Sed de elitismo es necesidad de los mediocres

La Ira del Black Metal en oídos de un hereje  
Que se entrega a la carne, y la adora, y la destroza,  
Incapaz de proyectar senderos auspiciosos  
Y desterrado de su propio aura

De sentimientos mucho más alejados  
Nacieron esos pasajes, esas estrofas,  
De oscuros pensamientos esas increíbles melodías  
Fruto del peregrinaje por los bosques, las noches y el invierno.

La nostalgia de los tiempos más grandes  
fue surcada en cera negra giratoria,  
Y en el último de tus días te presagio una daga de metal negro  
haciéndole el amor a tu corazón.

## ANTES DEL VIAJE A LA OSCURIDAD...

*“EN épocas pasadas, los lectores, que preferían la cantidad a la calidad, para amortizar su dinero querían que las novelas fueran largas, y a menudo el autor se veía en la obligación de suministrar a la imprenta más material del que era necesario para desarrollar la historia que tenía que contar”.*

Willian Somerset Maugham

*“Escribir un libro es una terrible, agotadora lucha, como un largo combate contra algunas enfermedades dolorosas”.*

George Orwell

*“Richard Bardo se presentó en el vecindario de Rebecca Schaeffer con lo que se podría denominar su kit para asesinar: un CD, una pistola, una bolsa y un ejemplar de El guardián entre el centeno”.*

J. Reid Meloy

*“Amando de Ossorio no dominaba el oficio, pero tenía mucha fantasía y una gran osadía”.*

José Antonio Pérez Giner, de Profilmes S.A.

*“¡Por supuesto! La decisión de dar a Stephen King el premio anual de la National Book Foundation por su `distinguida contribución´ a la literatura es un nuevo golpe bajo en el escandaloso proceso de idiotización de nuestra cultura nacional. Stephen King no es Edgar Allan Poe. Analizándolo palabra a palabra, oración a oración, párrafo a párrafo, no es más que un mal escritor. La industria editorial ha caído increíblemente bajo al darle el mismo premio que con anterioridad recibieron novelistas como Saul Bellow o Phillip Roth, o un dramaturgo como Arthur Miller. Si éste va a ser el criterio por seguir, quizá se debería dar el premio a la contribución distinguida a la literatura, el año próximo, a Danielle Steele, y, obviamente, el Nobel de Literatura a J. K. Rowling”.*

Harold Bloom, profesor de la Universidad de Yale, dirigiéndose al jurado que propuso a Stephen King para el premio National Book Foundation y que finalmente ganó.

## LUNES DÍA 9

“Trata de eliminar todo lo que el lector tiende a saltarse”.

Elmore Leonard

### 1

Siempre habían escuchado esas típicas historias de rencillas vecinales.

Ambos llevaban poco tiempo en el Cuerpo, pero de vez en cuando, por problemas con lindes, herencias, deudas u obras en las viviendas, cada uno de ellos había sabido de intervenciones donde algún airado vecino mostraba su vieja escopeta de caza en la cara del rival en cuestión. Incluso, en ocasiones, si bien solían ser las menos, el enajenado habitante hacía trabajar un poco al gatillo y percutor de la escopeta, que ladrara un poco, y envolvía el aire con el característico olor a pólvora quemada.

Esta parecía ser una de esas ocasiones.

Desde el Puesto de Mansilla de las Mulas habían avisado a Diego y a María para que se acercasen con cautela a la Calle Buendía número siete de Santas Martas, uno de los pequeños pueblos que tenían asignados como zona de patrulla. Un vecino había llamado muy excitado explicando que su perro estaba muerto en medio de la carretera a con-

secuencia de los disparos del demente de su vecino, con el que apenas mantenía relación.

Como cualquier llamada con las palabras *armas de fuego* contenidas en su frase, el interlocutor encargado de las emisiones en el Puesto avisó a la patrulla en servicio con cautela. Al recibir la llamada por la emisora del coche patrulla, tanto Diego como María sabían que, por muy alterado que estuviera el vecino, era aparecer la Guardia Civil y el respeto por el verde uniforme se reflejaba en su cara. Pero no siempre. Nunca se sabía a ciencia cierta qué se encontraría uno en aquellos pueblos. Así que cuando llegaron cerca del lugar indicado unos minutos más tarde, al encarar la calle y ver a dos vecinos enfrente de una casa, cada uno empuñando su escopeta de caza del calibre doce, María frenó el todoterreno de golpe, empujando los dos cuerpos de sus ocupantes contra el salpicadero.

—No me jodas —Diego se incorporó dolorido del brusco frenazo, miró a los dos vecinos armados mientras se frotaba la zona de la frente que había impactado ligeramente contra el salpicadero con las yemas de los dedos, reconociendo a uno de ellos e indicándole con las manos que se acercase.

Diego también le dijo a María que adelantase un poco más el coche patrulla, no creía que hubiese problemas con aquellos vecinos. Ella le obedeció. Aunque, precavida, solamente movió el vehículo unos metros más, dejando a los dos vecinos a otros cincuenta metros de separación. Fue la propia María la que desencajó la escopeta *franchi* del armero del todoterreno, descendió del asiento y se quedó detrás de la puerta como protección cuando uno de los vecinos se les acercó, dándole tiempo a distinguir sobre el pavimento una mancha sanguinolenta con una masa inerte sobre ella. «¿Qué es eso?», pensó.

—Hola Umberto. Deberías de tener esa escopeta en casa —levantó la voz para que Umberto pudiese escucharle bien, él tampoco se movió de la cobertura que le ofrecía la puerta del coche.

Umberto y sus setenta y tres años, la mayoría labrando el campo con su castigado cuerpo, le ignoraron.

—Cuando acabemos con ese cabrón me multas...

—No se trata de multar a nadie. Sino de no matar de un susto a un guardia civil.

Umberto no rió lo que parecía ser una pequeña broma.

—Mi cuñado Ovidio —le contestó mientras señalaba a la otra persona con la escopeta en las manos—, que me ha llamado. Ha tenido un problema con el hijo de Gerundio, el que murió de cirrosis hace unos años. Ese imbécil, sin más, ha salido escopeta en mano de su casa y ha matado al perro de mi cuñado.

—Eso no justifica que usted circule con una escopeta en la vía pública.

Umberto miró con desaprobación a María, que seguía detrás de la puerta por precaución. No le gustaba que nadie le dijese lo que tenía que hacer. Menos aún un guardia civil femenino.

—Dile a tu cuñado que venga aquí, que baje el arma y nos contáis qué ha pasado.

Por el contrario, el tono de Diego sonaba tranquilo y le convenció a Umberto para que, junto a su cuñado, fuesen hasta el todoterreno de la Guardia Civil. Cada tres pasos que ambos parientes daban, volvían su mirada hacia atrás. Ni se fiaban del hijo de Gerundio, ni habían asimilado la muerte de Bravo, un dobermann estilizado y elegante que llevaba con Ovidio desde hacía un lustro.

Al llegar cerca de la patrulla, Ovidio no abrió la boca en presencia de los dos guardias civiles y, aunque Umberto no había sido testigo presencial de la muerte del perro, ni había escuchado ningún llanto, fue él quien les contó cómo su cuñado había estado escuchando gritos histéricos provenientes de la casa de su vecino.

—¿Seguro que los gritos eran de mujer? —a María la pregunta de Diego le parecía ilógica. Una víctima siempre es una víctima.

—¿Cómo no voy a saber eso? —protestó Ovidio y añadió con ironía—: Pues no hay diferencia. Los hombres no

gritamos como las mujeres. Al menos los hombres que son hombres.

Los gritos no habían sido continuos, pero a intervalos los escuchó claramente ayer por la noche, también de madrugada y hoy por la mañana. No los había escuchado nunca antes y eso que su vecino debía de llevar en la casa heredada al menos ocho o tal vez nueve años, pero no les dio mucha importancia y pensó que el vecino tendría una amiga ruidosa. Así se lo contaba a ambos funcionarios, ahora más relajados.

—Después de los gritos de por la mañana, poco después, hubo un disparo de escopeta —continuó narrando Umberto.

Ovidio escuchó la detonación con claridad, estaba en el cuarto de baño, cagando, le había dicho a su cuñado y agradeció que Umberto, delante de la mujer uniformada, utilizase la expresión *haciendo de vientre*. Sonaba la frase más educada, pero sin duda venía a decir lo mismo. Reconoció que el disparo, desde luego, no podía proceder del campo, aunque en su situación no pudo más que terminar lo que estaba haciendo.

—Mi mujer está todavía fuera, limpiando la iglesia — Ovidio tomó la palabra, ganó confianza y quiso ser él quien terminase la historia que contaba su cuñado— y ese disparo ya les digo que no pudo venir de ahí fuera.

Les señaló el campo castellano que tenían enfrente. La alargada Calle Buendía ni siquiera estaba asfaltada. Era una pista de tierra irregular, una especie de macadán. Hacía unos doce años los vecinos habían tenido que pagar setecientos euros por vivienda para que el Ayuntamiento pusiera las aceras, porque ni eso tenía una calle con vistas a las eras de un pueblo con apenas ochocientos habitantes, la mayoría ya jubilados. Una población en la provincia de León, a casi veintisiete kilómetros de ella, pero con un paisaje de campo y viñedos más propio de la estepa castellana.

—Lo primero que pensé es que el idiota que tengo por vecino había disparado por error la escopeta dentro de

casa —puntualizó Ovidio, que había obedecido a la insistente María y tenía su escopeta abierta, mostrando el hueco de las recámaras vacías, sin munición—. Luego escuché otro disparo.

—¿Un segundo disparo? —preguntó María.

—Eso es agente, un segundo disparo a los diez minutos, o así de escuchar el primero, y salí de casa con Bravo —miró a María directamente a los ojos—. Pero sin mi escopeta, no crea que yo voy provocando los problemas.

—¿Y qué pasó Ovidio? —esta vez le preguntó Diego.

—Pues que una vez acabado lo que estaba haciendo, al escuchar ese segundo disparo sí que me decidí a salir de mi casa y Ángel...

—¿Quién?

—Ángel, el vecino, el hijo de Gerundio y Elvira, lleva aquí desde que su madre murió en 2010, el año que España ganó el Mundial de Fútbol. Su padre antes había fallecido de cirrosis en 1999, el año que murió mi perra Lear y compré a Bravo.

Tanto Diego como María comprendieron que el jubila-do Ovidio marcaba los años por sucesos fácilmente memorizables para él.

—De acuerdo, continúa.

—Pues ese cabrón estaba escopeta en mano en la puerta de su casa, me ve y sin decirme ni buenos días me suelta que «¿qué cojones hago yo allí?».

Ovidio miraba con rencor a la puerta con el número siete.

—¿Qué cojones voy a hacer yo aquí? —preguntó encogiéndose de hombros—. Vivo aquí, será tarugo. Nací en este pueblo y en este pueblo moriré.

—¿Y el perro?

—Ángel estaba muy nervioso y Bravo lo notaba, creo que tenía miedo de que ese malnacido me hiciese daño y le ladró un par de veces —giró la cabeza para mirar con tristeza el trozo de carne tirado sobre la tierra—. Juro por Dios que solo le ladró, ni siquiera se le abalanzó.

Ovidio señaló el lugar donde Bravo estaba tendido sobre la carretera sin asfaltar.

—El Ángel este alzó la escopeta y de un tiro me lo mató.

Esta vez fueron los cuatro quienes miraron el cadáver de un perro destrozado en su lomo por las postas del calibre doce. Estaba como abierto por la mitad, seccionado por lo que antes formaba un estómago estilizado. Bravo debió de girarse cuando su dueño, Ovidio, intentó tranquilizarle, momento que Ángel aprovechó para partirle en dos como si fuese un melón con un tiro oblicuo.

—El perro está a diez metros de la casa —observó Umberto—. No pudo atacarle. Ese Ángel disparó a traición.

—Llevo poco en este Puesto, pero no me suena mucho ese hombre —dijo María señalando la casa.

—No se le ve mucho, es muy poco sociable —le informó Ovidio—. Solo sé que lleva aquí desde el 2009 más o menos, cuando su madre murió de un cáncer. Era único hijo. Creo que vivía en León y no debe de estar muy bien.

—¿Cómo que no está muy bien?

—Que le falta un hervor, ya sabes —como Ovidio sujetaba la escopeta con la mano derecha, hizo con el dedo índice de su mano izquierda varios círculos imaginarios sobre su sien—. En León estaba en un centro especial. O eso se cuenta en el pueblo. Ya saben, los pueblos son pequeños.

—¿Querrás denunciarle? —María estaba llamando por el equipo emisor del todoterreno al Puesto. No quería entrar en la casa solo con Diego y solicitó algún refuerzo a través del walkie-talkie. Así que Diego fue quien preguntó a Ovidio si tenía intención de formalizar un atestado.

—Si no es necesario no, prefiero darle un par de hostias. El pueblo es pequeño. Más adelante ya le pillaré.

En los pueblos el papeleo era innecesario pudiéndose aplicar directamente la Ley de Talión.

—¿Me llevo a Bravo? —preguntó Ovidio con voz apagada mirando sus restos.

—Sí. Habría que olvidarse del perro —cortó Diego—. Si no quiere poner denuncia, que se lleve al perro. ¿Quién

dice que lo ha matado?

Los cuatro se miraron entre sí. Cerraron un trato no verbal. Papeleo que se ahorraban todos. Si Ovidio no quería poner denuncia por la muerte de su dobermann era su problema. María y Diego solamente comprobarían que aquel Ángel se encontrase ya tranquilo y les explicase a qué venía disparar la escopeta dos veces dentro del domicilio.

## 2

Diego y María estaban de acuerdo, entrar ellos dos solos en una casa donde pudiesen encontrar un hombre armado y enajenado no era prudente. A María le habían dicho por el *pocket* que, en veinte minutos, tendría otra patrulla de apoyo, así que aprovecharon ese tiempo en anotar los datos de filiación de Umberto y de Ovidio, pero no contactaron con el vecino del número cinco. Y no había más vecinos en ese trozo de calle. En esa parte solo había tres números, la calle en sí era alargada, continuaba a izquierda y derecha, pero estaba seccionada por calles que la atravesaban muriendo sobre el campo. Una meseta sobre la que hicieron tiempo mirando el horizonte, una cosechadora abandonada y obsoleta y cuya pintura se comía el sol en verano al lado de un huerto lejano, un tractor que pasó entre los campos y un rebaño de ovejas que circuló frente a ellos baltando y sembrando el suelo de mierda fueron los pasatiempos que les entretuvieron hasta que llegaron sus compañeros Constantino y Méndez, que sabían por qué estaban allí y no hacía falta detallarles mucho más.

—La puerta del vecino está abierta —habló María, que no había soltado la *franchi* reglamentaria del calibre doce en ningún momento; dejó a Diego anotar los datos de filiación de los vecinos y de vez en cuando miraba la puerta del

número siete—. Le habremos llamado como diez veces y no hay respuesta.

—El vecino del nueve, el que ha llamado, no sabe si ha salido, ¿verdad?

—No —contestó Diego a Méndez—. Cuando le mató el perro se fue a por su escopeta. De ahí en adelante no sabemos nada más. El otro vecino, el de la puerta cinco tampoco está.

Los cuatro agentes se quedaron mirando la pequeña puerta metálica de la entrada del número siete. A su lado, un portón grande, separado por unos metros de fachada, dos portones de madera de tres metros de altura con la madera carcomida que daban también acceso al interior de la casa, comunicando con el garaje.

—No creo que hubiésemos entrado con los antecedentes que teníamos: un loco con escopeta y buena puntería para abrir perros por la mitad —María quiso aportar la última información—. Aún así la cosa se complicó cuando Ovidio, el vecino del perro muerto, nos dijo cómo era la casa por dentro.

—¿Casa y establo?

—Algo más —contestó María a Méndez torciendo el morro—. Es una casa de las de antes, por lo que se ve por fuera no intuyes lo que hay dentro. Está la casa y a su lado una especie de garaje de una longitud como la que tienen las puertas de madera exteriores; ahí dentro todavía debe de haber un remolque grande, el que antes llevaba una mula que tenía el padre del que ahora vive allí.

—Y no solo eso —añadió Diego señalando las dos aldabas oxidadas sujetas a las puertas de madera—. Al lado de esa especie de garaje hay un establo para las vacas y enfrente un patio que da acceso a una bodega, una pocilga, un gallinero y un pozo. La casa puede ser un laberinto.

Constantino lanzó un silbido al aire.

—Aquí esto es normal, las casas tienen una cantidad de metros cuadrados impresionantes. En la ciudad con una herencia así te forras, aquí no valen nada.